

Que no pueden sustentarme
Muchas veces. — Otros hay
Que de cogote se caen;
Pero yo, es maravilloso,
Siempre de rodillas.

Esteb. ¡Diantre!
Pues hágame usted el favor
De no sufrir ese achaque
Delante de mi futura,
O á palos sabré curarle.

Abun. Gracias,
Esteb. ¡Cuidado! — Y usted,
Niña, con ninguno me hable,
O nos oirán los sordos.

Cárm. Ese imponente lenguaje
No le pertenece á usted.
Yo dependo de mi padre
Solamente, y no acostumbro
A sufrir que otro me mande.

Esteb. Usted va á ser mi mujer
Dentro de poco aunque rabie,
¿Entiende usted? y no quiero
Que tolere en adelante
Otro amor que el de su novio;
No porque ese ruin abate,
Figura de friso antiguo,
Sea capaz de inquietarme.

Abun. (¿Qué escucho? ¡O tempora!
¡O mores!
¡Quantum in rebus inane!)

Esteb. Pero...
Cárm. Señor don Esteban,
Me es desconocido el arte
De fingir. Si Dios no quiere
Que mis lágrimas alcancen
Piedad de un padre cruel,
Podrá usted vanagloriarse
De ser dueño de mi mano...

Esteb. ¡Oh! Si.
Cárm. Pero, aunque me maten,
Jamás de mi corazón.

Esteb. ¡Eh! todo eso nada vale.
Usted me querrá, y tres mas.
Yo no soy de esos amantes
Débiles que, aunque de injurias
Y de desprecios los hartan,
Adulan á sus queridas.
Las miman y las aplauden,
(Se pasea sin hacer caso de don Bernardo,
que sale ya vestido y se le queda mi-
rando.)

ESCENA XII.

CARMEN, DON ESTEBAN, DON ABUNDIO,
DON BERNARDO.

Esteb. Sí; ¡pues bonito soy yo!

No hay en la provincia un jaque
Que tosa donde yo toso,
¿Y tengo de sujetarme
Al capricho de una niña?
Si otros maricas se abaten,
¿Qué importa? Yo soy muy hombre;
Y tengo cuarenta pares
De mulas en mi labranza;
Y se pierde en los anales
Mi nobleza; y tengo tres
Capellanías de sangre;
Y muchas prerrogativas;
Y...

Bern. ¿Quién es ese salvaje,
(*Aparte con Cármen.*)

Sobrina?

Cárm. ¿Quién ha de ser?
¡Mi novio!

Esteb. Y á centenares
Tengo yo novias mas ricas,
Y de mas rancio linaje,
Y mas hermosas tambien
Que quisieran atraparme.
Pero no se ha de decir
Que un hombre de mi carácter
Ha llevado calabazas.
Yo sostendré á todo trance
Mi empeño; y me casaré
Aunque se oponga mi madre,
Y usted, y todo el lugar;
Y...

Bern. Eso no será tan fácil
Viviendo yo...

Esteb. Y ha de haber
(*Sin oír á don Bernardo.*)

La de Dios es Cristo si alguien
Lo estorba. ¿Está usted? Que yo
De bien á bien soy un ángel;
Pero de mal á mal no hay
Quien se me ponga delante.
Soy hombre que tengo puños,
¡Y pobre del que yo agarre
Del pescuezo!...

(*Lo hace con don Abundio.*)

Abun. ¡Ay! ¡Ay! Si; basta
Que usted lo diga.

Esteb. Es que nadie
Se atreverá...

Abun. Por supuesto.
Todos aman su gaznate
Y...

Esteb. Es mucha fuerza la mía.
Abun. ¿Quién lo duda? Formidable.
Es usted un cananeo;
Es usted un abencerraje;
Un Hércules; un Sanson;
Y no hay en los arenales
Del Africa un dromedario

Que le derrienguen á palos
Al revolver una calle.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL TIO LAMPREA.

Bien dije yo que sin palos
No acabaría la fiesta.
No lo han de contar por gracia
Los mozos de Valdearenas,
Y mas estando por medio
El terrible don Esteban.
Si no fuera por lo sobrino
Que ya los años me pesan,
Tratándose de la honra
Del lugar, el tío Lamprea
No estaría entre paredes
Cuando los demás pelean.

(*Mira por la ventana.*)

¡Oh! A qui tenemos al novio
Que viene echando centellas.
Rabiando estoy por saber
En qué paró la refriega.

ESCENA II.

DON ESTEBAN, LAMPREA.

Esteb. ¡Victoria por Peña-aguda!
Los de la vecina aldea
Por los barrancos abajo
Corren que el diablo los lleva.

Lamp. Me alegro.

Esteb. Porque han tenido
Este año buena cosecha
Nos han querido afrentar;
Pero no hay miedo que vuelvan
A habérselas con nosotros.
Bien escarmentados quedan.

Lamp. ¿Y por qué ha sido la riña?

Esteb. Yo te diré. En la taberna
Se juntaron unos cuantos
Con los de acá. Un tal Ortega,
A quien llaman los de allá
Por mal nombre Comadreja,
Con el hijo del herrero,
No sé sobre qué materia,

Que con usted se compare.
Jamás...

Esteb. Dómine de viejo,
Calle usted y no me enfade. —
¿Qué hace usted aquí?

Abun. Yo aguardo

Al señor para llevarle
A la fiesta del lugar
De órden del señor alcalde;
Pero si le estorbo á usted
Le iré á esperar á la calle.

Bern. No hay para qué. Ya nos vamos.
Tú sube á tu cuarto, Cármen;

(*Aparte con Cármen.*)

Que este novio es muy cerril.

Cárm. Tío, no me desampare

Usted...

Bern. Anda: no te apures.

(*Váse Cármen.*)

Oiga usted, señor alarbe,
El de las ochenta mulas,
Si no quiere granjearse
El odio de mi sobrino
Tenga mejores modales.
Yo no soy hombre de puños
Como usted dice, ni jaque,
Ni perdonavidas; pero
Tengo bastante carácter
Para obligarle á guardar
Mas respeto á estos umbrales,
O de lo contrario hacer
Que por la ventana salte.

ESCENA XIII.

DON ESTEBAN.

¿Cómo es eso? ¡Oiga usted...! ¡Vaya
Una cara de vinagre!
¡Oh! Y yo le veo resuelto...
A fe de Esteban Oñate
Que me ha cortado el tal tío.
Yo no soy ningun cobarde;
Pero, como no estoy hecho
A que me hable gordo nadie,
Confieso... ¡Eh! nada me importa
Que murmure y amenace.
Don Baltasar me ha elegido
Por yerno; soy el tu aut em
Del pueblo: él es temerario
Y le soplará en la cárcel
Si estorbar quiere la boda;
Y si acaso no lo hace
Por ser un hermano suyo,
Nada me será mas fácil
Que encomendar mi venganza
A cuatro ó cinco jayanes

Parece ser que ha tenido
Una disputa. Babiaca,
Que me lo vino á contar,
Dice que el de Valdearenas
Es quien tenia razon;
Pero ¿por qué ha de tenerla
Siendo forastero?

Lamp. Ya.

Esteb. Al instante en la contienda
Tomaron parte unos y otros
Como es justo; y si no fuera
Porque pasó por allí
El síndico Juan de Urrea,
No sé en qué hubiera parado.
Los apaciguó; y en prueba
De quererse hacer amigos,
A pesar de su pobreza
Convidaron los de acá
A los de allá por su cuenta.
Los de acá de buena fe
Bebian largo y sin rienda;
Pero los de allá... ¿Me entiendes?

Lamp. Sí; no pierdo ni una letra.

Esteb. Los de allá, haciendo desprecio
De los de acá, y con la idea
De avergonzarlos sin duda,
Bebian poco y con flema.
Los de acá disimulaban,
Porque tienen mas prudencia
Que los de allá. Llega el caso
De ajustar por fin la cuenta,
Y en pagar por los de acá
Todos los de allá se empeñan.
Este era ya mucho insulto:
Los de acá no lo toleran;
Enarbolan los garrotes
Y anda la marimorena.
Ofendidos los de allá
Quieren hacer resistencia,
Pero los de acá...

ESCENA III.

DON ESTEBAN, LAMPREA,
DON BALTASAR.

Balt. Ya el pueblo
Tranquilo y triunfante queda.
Cuatro de los enemigos
Menos ágiles de piernas
Han caído en mi poder,
Y ya en la cárcel se hospedan:
Por señas que el uno de ellos
Tiene abierta la cabeza.
Los demás huyeron todos.

Esteb. Y si no, que se estuvieran
Por acá; que yo les juro...

Balt. Los prisioneros de guerra,
Si no pagan una multa
Para reparar la iglesia,
Calabozo y grillos tienen
Lo menos hasta cuaresma.
Debia estar ya empezada
La sumaria; mas no encuentran
En todo el lugar al bueno
De don Abundio.

Esteb. ¡Sí! Apenas

Olió el peligro, escapó
Mas ligero que un cometa,
Y puede que de correr
No haya parado á esta fecha.

Balt. ¡Pobre domine!

Esteb. Estos sabios

Me estomagan, me revientan.
Siempre hablando del desprecio
De la vida, y cuando llega
La ocasion de aventurarla
Consultan á la prudencia.

Y dale con la virtud;

Y vuelta con la grandeza
De alma; y la filosofía;
Y la farmacia; y las..., esas
Palabrotas que ellos dicen;

Mas nunca hacen cosa buena.

Balt. No: todos no están cortados
Por una misma tijera;
Y, aunque rara vez del docto
La extravagancia se aleja,
Siempre es útil...

Esteb. ¿Qué ha de ser?

Lo cierto es que los desprecia
Todo el mundo; y casi siempre
Andan á sombra de teja;
Y nunca tienen salud,
Ni proteccion, ni pesetas.
Vea usted si yo estoy gordo;
Y todo el mundo me obsequia;
Y siempre alegre y de broma.

¿Qué falta me hacen las letras?

Maldita. — Esto no es decir
Que por un bruto me tenga.
Yo sé leer de corrido;
Escribir; las cuatro reglas
De cuentas; y todo el *Fleury*;

Y he leído las novelas

De *doña María Zayas*;
Y el *Bertoldo*; y la *Floresta*
Española; y el *Lunario*

Perpetuo; y muchas comedias

De esas que todas principian

Con *¡Arma!* *¡Arma!* *¡Guerra!* *¡Guerra!*

Y aquí donde usted me ve

Ya sé tañer la vihuela

Con mas primor veinte veces

Que el barbero que me enseña.

Lamp. Y sobre todo el fandango

Y la jota aragonesa.

Esteb. Y hago siempre de *traidor*

En las comedias caseras;

Y la aldea se alborota

Cuando canto la rondeña;

Y tengo yo cierta gracia

Natural, cierta agudeza...

¿No es verdad?

Balt. Sí.

Esteb. Y en fin tengo

Diez mil ducados de renta.—

Mas con tantas campanillas,

Tanto aquel, tantas riquezas;...

Escandalicese usted;

No falta quien me desprecia.

Balt. ¿Quién se atreve á despreciar

Al inclito don Esteban?

Nombre usted al temerario:

Haré que en la cárcel duerma.

O soy alcalde, ó no soy.

Esteb. Pues vengue usted mis ofensas.

Su hija de usted no me quiere

Por marido.

Balt. ¿Se chancea

Usted?

Esteb. ¿Qué he de chancearme?

Con la mayor desvergüenza

Me lo ha dicho.

Balt. No hay euidado.

Yo la haré entrar por vereda.

Esteb. ¡Eh! yo en parte la disculpo;

Que al fin es una tontuela,

Y no sabe cuánto vale

Un marido de mis prendas.

Balt. Pero, es posible...

Esteb. A quien yo

Tengo tirria no es á ella,

Sino á su hermano de usted

Porque ha dado en protegerla.

Balt. ¿Mi hermano? ¿Quién le ha man-

dado

Que en mis asuntos se meta?

Le diré cuántas son cinco;

Que á mí nadie me gobierna.

¡Pues no faltaba otra cosa!

Y en cuanto á *Cármen*... — *Lamprea*,

Que baje aquí...

ESCENA IV.

DON ESTEBAN, DON BALTASAR,
LAMPREA, DON BERNARDO.

Bern. Te has lucido,
Baltasar. No lo creyera
A no haberlo visto. ¿Así

El empleo desempeñas

De alcalde? A los forasteros

¿Así acojes en tu aldea?

Balt. ¡Estamos frescos! ¿Es cosa

De que tú me reconvenegas?

Bern. Que hiciera esos desatinos

Un alcalde de montera,

Pase; pero ¡tú! ¡Estar viendo

Que sin razon apalean

A los pobres aldeanos

Que vienen á honrar la fiesta,

Y perseguirlos, en vez

De castigar la insolencia

De tus convecinos! Vaya;

O has perdido la chaveta,

O la vara que te han dado

Deshonrada está en tu diestra.

Balt. Yo de mis operaciones

No tengo que darte cuenta,

Y si hemos de estar en paz

Modera un poco tu lengua.

Bern. Modera el orgullo tú,

Y no con tal impudencia

De la autoridad abusos.

Balt. Pero ¿á qué tanta pamema?

¿Qué ha habido para que así

Te alborotes?

Bern. ¡Friolera!

Por pagar ó no pagar

El gasto de la taberna

¡Andar á palos dos pueblos!

Balt. ¡Tóma! ¿Y qué funcion de aldea

No se acaba agarrotazos?

Aquí ya nadie se altera

Por semejante bicoca.

El año que no hay pendencia,

Que sucede rara vez,

¡Es tan insulsa la fiesta!

Gracias que no ha habido muertes

Como en julio por la feria.—

Estos hombres de la corte,

Tanto como cacarean,

Parece que no han vivido

Entre gentes.

Bern. No hay paciencia

Para tal barbaridad.

Después que los atropellan

Sin motivo, á los que prendes

En una cárcel encierras.

¿Qué horror! Las pobres familias

Que con sus brazos sustentan,

Porque tú eres testarudo

¿Será justo que perezcan?

Balt. Pues bien; que paguen la multa

Y se vayan á su tierra.

Bern. Si en eso solo consiste,

Yo la pago. Libres sean.

Balt. Ya que eres tan generoso,

Págala tú en hora buena.
Después iré yo á mandar
Que los suelten. Me interesa
Zanjar primero otro asunto
Que me toca mas de cerca.
Anda: di á Cármen que baje

(A Lamprea.)

Al instante.

Lamp. (Hora es ella.)

ESCENA V.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
DON ESTEBAN.

Balt. Ya te dije esta mañana
Que he resuelto establecerla
Con un jóven del lugar,
Que á su gallarda presencia
Une ilustre nacimiento,
Gracia, talento y riquezas.

Esteb. El señor me hace justicia.

Balt. Parece que tú aconsejas
A Cármen que se desvie
De la voluntad paterna,
Y eso es una iniquidad.

Bern. Iniquidad mas horrenda
Es obligarla á una boda
Que su corazon detesta,
Y que pudiera tener
Muy fatales consecuencias.
¿Por qué, en vez de consultar
El interés que te ciega,
No consultastes de tu hija
El gusto y la conveniencia
Antes de ofrecer su mano
A quien es indigno de ella?

Esteb. ¿Indigno yo...? ¡Estamos bien!
¡Pues no ha dado en mala tema
El hombre! ¿Me meto yo
Con usted para que venga
A insultarme? Pues si á mí
Se me atufa la mollera...

Bern. Hará usted probablemente
Lo que hizo Cascaciruelas.
Un dómine hambriento, un pobre
Sumergido en la miseria,
A quien puede usted privar
Del jornal que le alimenta,
No es mucho que se acoquinen
Cuando usted jura y gallea,
Señor maton; pero yo,
Gracias á la Providencia,
Ni necesito de usted,
Ni le temo.

Balt. Don Esteban,
Aquí solo mando yo,

Poco importa que él se meta
En camisa de onze varas
Si usted con mi apoyo cuenta.
La chica se casará...
¡Oh! Aquí viene.

ESCENA VI.

DON BERNARDO, DON BALTASAR,
DON ESTEBAN, CARMEN.

Bern. Ten firmeza.
(Aparte con Cármen.)

No des tú consentimiento.
Yo tomaré tu defensa.

Cárm. No sé si tendré valor...
Balt. ¿Qué le dices á la oreja?

Ya lo comprendo. La animas
A faltarme á la obediencia.
Será en vano.—Ven acá.
¿Presumes que haya en la tierra
Quien te ame como tu padre?

Cárm. Yo... no, señor.

Balt. ¿Por qué tiemblas?

Cárm. (¡Triste de mí!)

Balt. ¿Qué otro afán

Día y noche me desvela
Sino asegurar tu dicha?

Cárm. Es justo que así lo crea.

Balt. Los buenos hijos á un padre
Profundamente respetan;
No examinan sus preceptos
Y le obedecen á ciegas.

Bern. No, señor; que puede haber
Excepciones en la regla.
Tampoco es razon que un padre
En tirano se convierta;
Y cuando...

Balt. ¿Quiéres callar?

Esteb. ¿No ve usted yo con qué flema
Me estoy y espero tranquilo
A que dicten mi sentencia?
Y eso que, hablando en verdad,
Ya estoy cargado de esteras,
Porque á un hombre como yo
No es razon se le entretenga
Tanto tiempo; que mas hago
En casarme yo con ella

Que ella... ¿Está usted? Porque al fin
Hay alguna diferencia
De casa á casa; y quizá
Cuando mi padre lo sepa...
Porque... como dijo el otro...

Bern. ¡Vaya unas explicaderas!
Vamos, prosigue. (Mal fin
Va á tener esta contienda.)

Balt. Yo no te mando arrojarte

En un pozo de cabeza.
Te mando tomar marido:
Y son pocas las doncellas
En el día que hacen ascos
A una ley tan lisonjera.

Cárm. Yo no me opongo á casarme;
Pero en una edad tan tierna...
Ya ve usted; diez y siete años
Cumpli por la primavera.

Balt. Edad mas que suficiente

Para que pagues tu deuda
A la patria; que no es cosa
De jugar á las muñecas
La que ya puede ser madre.

Esteb. Ya se ve; y usted es muy bestia...

Balt. ¡Cómo!

Esteb. No hablo con usted. —

Si quiere estarse soltera
Teniendo un novio de á folio
Ahora que tanto escasean.

Balt. Don Esteban hace días

Que ser tu esposo desea.

El ya te lo habrá insinuado.

Esteb. ¿Qué! ¿me muerdo yo la lengua?

Se lo he dicho veinte veces.

Primero haciéndole señas;

En seguida de palabra;

Y despues con una esquila;

Y con la guitarra luego;

Que ha sido mucha fineza

Estarme desgañitando

Tantas noches en su reja.

Balt. Me pidió tu mano en fin.

Yo, viendo entrar por mis puertas

Tanto bien, y como nunca

Me ha pasado por idea

Que á lo que mande tu padre

Capaz de oponerte seas,

Sin decirte nada vine

En aceptar sus ofertas.

Bern. Mal hecho. Eso no es casarla:

Eso es...

Balt. ¿Qué? Vamos.

Bern. Venderla.

Pero me han de hacer pedazos

Primero que lo consienta.

Balt. Hombre, no nos interrumpas.

Deja que responda ella. —

Cármen, ya te has enterado

De mi voluntad suprema;

Y no la revocaré

Si todo el mundo se empeña.

Ahora hálame sin rodeos.

Vaya; ¿el casamiento aceptas,

O no? No digas despues

Que te he casado por fuerza.

Bern. ¿Qué ha de decir la infeliz

Despues que tú...?

Balt. ¡Qué molestia!

¿No la dejarás hablar? —
Vamos, hija; con franqueza.

El esposo que te ofrezco
¿Es de tu gusto? En la tierra
No hay un mozo tan bizarro
Ni que mejor te merezca.
Él te ama...

Cárm. Será verdad;

Pero ¿dónde está la prueba?

Ha usado siempre conmigo

De expresiones tan groseras,

Y tiene un modo tan tosco

De enamorarse...

Balt. Bagatela.

Se conoce que en amor

Tienes muy poca experiencia;

De lo que me alegro mucho.

Así tú llamas rudeza

A la amable sencillez,

Y al donaire desvergüenza.

Esteb. Y en fin, en esto de amores

Cada uno tiene su escuela.

¿No es cierto, don Baltasar?

Si otros títeres babean,

Ya le he dicho á mi futura

Que esto para mí no es regla.

Yo no sufro que mis novias

Por su juguete me tengan,

Y á las primeras de cambio

Les acuso las cuarenta.

Balt. Con que vamos; yo supongo

Que amarás á don Esteban...

Cárm. ¡Señor!...

Esteb. Si es cierto que me ama,

Lo disimula.

Cárm. Quisiera

Poder complacer á usted

Y á mi padre; pero es fuerza

Hablar claro y sin rodeos,

Puesto que así me lo ordenan.

Bern. ¡Buen ánimo! Así va bien.

(En voz baja.)

Cárm. Jóvenes hay en la Sierra

Que pudiera hacer felices

El señor con sus riquezas.

Mi padre lo pasa bien,

Y soy única heredera.

Así no debo esperar,

Si mi vida le interesa,

Que me sacrifique...

Balt. ¡Cómo!...

¡Qué avilantez! ¡Qué soberbia!

Con que ¿es decir...?

Bern. Es decir

Que ya puede don Esteban

Buscar novia en otra parte.

Balt. ¿Contra un padre te rebelas?

¡Vive Dios, ingrata!...

Esteb. ¡Duro!

Bern. Perdónala. Ten prudencia.

Balt. No sé cómo no te mato.

Cárm. ¡Padre!

Balt. Jamás en tu lengua

Vuelva á sonar ese nombre.

Cárm. ¡Ah!

Balt. Yo haré que te arrepientas

De tu osadía. ¡Dejar me

A mi feo una muñeca!

¡Desvelarme por tu bien,

Y darme esta recompensa!

Cárm. Yo...

Balt. Quitate de mi vista,

Que la cólera me ciega. —

Ven acá. *(La coje de la mano.)*

Esteb. Una buena zurra

Le daría yo por necia.

¡Dar calabazas á un hombre

Como yo!

Bern. ¡Firme! No temas

(A Cármen en voz baja.)

Balt. Elige: ó darle tu mano,

O podrirte en una celda.

Cárm. ¡Señor...

Balt. No me irrites mas.

¿Quieres con la inobediencia

Labrar tu desdicha? ¿Quieres

Que te abandone y te pierda?

¿Quieres arrostrar el peso

De mi maldición eterna?

Cárm. ¡Ah! no, no. Me casaré

Aunque desolada muera.

Obedeceré á mi padre.

Bern. ¡Qué escucho! ¡Tanta flaqueza! —

Mujer al fin.

Esteb. He vencido.

Balt. ¡Hija mía! ¡Dulce prenda!

Ven á mis brazos. Tu edad

Al error está sujeta;

Bien lo sé; pero por fin

Te veo entrar en la senda

Del deber. — Vamos; no llores,

(Le enjuga las lágrimas.)

Que ya mi enojo se temple.

¡Pobrecilla! Un tío injusto

Te infundió malas ideas...

Vaya; ¡no faltaba mas!

Ahora que se presenta

Tan buen partido, ¡quedarte

Por darle gusto soltera!

Bern. Muy pronto cantas victoria.

Si en oprimirla te empeñas,

Las leyes la ampararán.

Yo las reclamo por ella.

Supone muy poco un sí

Arrancado con violencia.

Si ella por temor sucumbe,

Yo la salvaré por fuerza.

Balt. ¿Cómo?...

ESCENA VII.

CARMEN, DON BERNARDO, DON
BALTASAR, DON ESTEBAN, DON
ABUNDIO.

Abun. Cual otro Mercurio,

Si es lícito que me atreva

A similitud tan alta...

Balt. ¿Viene usted con esa flemma

Al cabo de tanto tiempo?

Abun. Esa canalla extranjera

A la que ya es para mí,

Pues me mantiene y alberga,

Nueva dulcisima patria

Con súbita infanda guerra

Pagó la hospitalidad.

No con apatía yerta

El riesgo de mis penates

Debí mirar; que tal mengua

De un alma grande es indigna.

Así en la feral contienda

Que hará inmortal nuestra gloria

No ha sido imbele mi diestra.

Esteb. Miente el señor don Abundio.

Abun. ¿Yo mentir? ¡Horrída afrenta!

Si al furor que me devora

Soltar osara la rienda...

Pero yo soy generoso

Y perdono tanta ofensa;

Que si el furor tiene altares,

Aun tiene mas la paciencia.

Esteb. Si apenas se armó la zambra

Cuando tomó usted soleta,

¿Como...?

Abun. Y por ventura ¿solo

Con garrotes se pelea?

¿No es la pluma en este siglo

Veinte veces mas sangrienta?

Yo me retiré, es verdad;

Mas fué á estudiar una arenga

Para animar á la pugna

A esa multitud guerrera.

¡Qué de batallas ganó

De un general la elocuencia!

¡Ah! ¿Por qué sin escucharme

Finásteis la lid horrenda?

Pero en esta sala al menos,

Ya que no fué en la palestra,

Voy á leer el aborto

De mi patriótica vena.

*(Saca un pliego de papel escrito por las
cuatro caras.)*

« No de otra suerte, intrépidos guerreros,

Que en el de las Termópilas barranco

Del que azotara el Ponto las falanges

Trescientos esparciatas humillaron;

O cual allá en los campos de Farsalia;

O cual allá en los mares de Lepanto;

O cual allá en el lago Trasimeno;

O cual allá en los muros de Cartago;

O cual allá en Clavijo do el Apóstol

Seiscientos mil mató mahometanos;

O cual allá... »

Balt. Basta, basta;

Que ahora tengo mucha prisa.

Otra vez escucharemos

Esa magnífica arenga.

Abun. Cuando usted la oiga verá

¡Qué nervio, qué efervescencia!

Bern. (Vamos, ya está visto: todos

Son locos en esta aldea.)

Balt. Secretario, venga usted

Conmigo, que hay diligencias

Que practicar, y es forzoso

Volver á entablar la fiesta.

Esteb. Y tenga usted entendido,

Señor maestro de escuela,

Que aquí persuade un garrote

Mas que toda su elocuencia.

Abun. Quedo enterado.

Balt. Yo como

Con el señor don Esteban

En casa de un regidor.

No me esperéis. — Adios, perla.

(A Cármen acariciándola.)

— Y tú no me la seduzcas,

Que te saldrá mal la cuenda. *(Vase.)*

Esteb. Que ustedes lo pasen bien.

Pronto daremos la vuelta. *(Vase.)*

Abun. ¡Ay, cuál me tienen tus ojos!

(Al salir, mirando á Cármen.)

¡Oh amor! ¡Oh pectora cæca!

¡Oh inopia! ¡Oh magnum Jovis

Incrementum! ¡O hijas de Eva!

ESCENA VIII.

DON BERNARDO, CARMEN.

Bern. Al fin se marcharon. Ya

Me faltaba la paciencia.

Cárm. ¡Qué desventurada soy!

Bern. No tanto como tú piensas.

Aterrada has consentido

En esa boda funesta:

No importa. Procura ahora

Sacar fuerzas de flaqueza.

Disimula tus pesares;

Finge que estás muy contenta;

Canta, rie, y deja obrar

A tu tío.

Cárm. La dureza,

Las terribles amenazas

De mi padre...

Bern. Bagatela.

Deja que amenace y jure;

Que voces de asno no llegan

Al cielo. — Ea, ten valor.

Inútil es que yo emprenda

Tu salvacion, si después

En la estacada me dejas. —

Recuerdo que esta mañana

Me dijiste que te obsequia

Otro jóven...

Cárm. Sí, señor;

Y lo que mas me atormenta

Es el pesar que tendrá

Cuando en los brazos me vea

De su rival...

Bern. No me aturdas

Con lamentos de novela.

Vamos al caso. Una vez

Que tú le amas tan de veras,

Será un muchacho juicioso

Y de las mejores prendas.

Su familia será honrada...

Cárm. Eso sí; es de las primeras

Del país; pero...

Bern. ¿Qué?

Cárm. Goza

De muy limitadas rentas.

Bern. Eso no le hace. — Y tu padre

¿Sabe algo?

Cárm. ¡Ah! Si lo supiera,

¡Pobre de mí! Tiene horror

A toda la parentela

Porque le han ganado un pleito.

Bern. ¿Y ha sido de consecuencia?

Cárm. ¡Qué! Puede que su valor

A cien ducados no ascienda.

Bern. ¡Vil avaro! (Ya está visto.

No encuentro yo aquí la piedra

Filosofal.) Di: tu amante

Seguirá alguna carrera...

Cárm. Sí, señor.

Bern. ¿La medicina?

¡Gran profesion! Haya guerras

O paces nunca perecen

Les médicos. A mil quiebras

Todos vivimos sujetos;

Pero el ramo de postemas,

Cólicos y tabardillos

En todo tiempo prospera.

Cárm. No sigue esa profesion,

Aunque mucho la respeta;

Y es muy humano mi novio,

Aunque lo diga yo mesma,
Para desear que Dios
Nos envíe una epidemia.

Bern. Pero en fin, ¿qué estudia?
¿Leyes?

Cárm. Si, señor; y ya estuviera
Recibido de abogado;
Mas no puede hasta que tenga
Veinte y cinco años, y cumple
Veinte y dos por la cuaresma.

Bern. ¡Calla! ¿Si será...? ¿Su nombre?

Cárm. Don Felipe de Villegas.

Bern. El mismo. Bien parecido,

Su tez un poco trigüeña,
Pero sonrosada y fina;
Buen talle, gentil presencia,
Hermosa cara, ojos negros,
Y así... un aire de modestia
Y de probidad...

Cárm. Convienen
Perfectamente las señas.

Bern. Con que ¿no es exagerado
El retrato? ¡Ah picaruela!

Cárm. ¡Cuidado que usted también...!
No puede una ser ingenua.

Bern. Poco hace le he visto en casa
Del médico. Su tristeza
Llamó mi atención. — Supongo
Que ya la causa penetras. —
¡El pobre muchacho! Yo
No cometí la imprudencia
De preguntársela. Hablamos
De diferentes materias,
Y de instrucción no vulgar
Me dió repetidas pruebas. —
Vamos; será mi sobrino. —
Cuando salió de la iglesia
Hablé al cura en tu favor;
Y no dudo que intervenga...

ESCENA IX.

DON BERNARDO, CARMEN, DOÑA
MATEA.

Mat. ¿Dónde está, dónde está el hijo
(*Entra vestida como se usaba hace cien
años y hecha una furia.*)

De mis entrañas? Mi Esteban,
¡La gloria de la provincia!

Bern. ¿Qué embajada será esta?

Mat. ¿Embajada? usted verá
La embajada que le espera.
¡Picarones! ¡Seductores!
¿Se ha visto maldad mas negra?
Abusar de su candor;
Burlarse de su inocencia,

¡Infames! para caserle
¿Con quién? Con una cualquiera.

Bern. Oiga usted...

Mat. No quiero oír.

Si esa boda se celebra,
Tengo de dejar memoria
De mi venganza sangrienta.

Cárm. Pero, señora...

Mat. ¡Oh! tú eres

La encantadora sirena
Que me le tiene hechizado.

¡Miren la gatita muerta!

¡Miren cómo sabe hacer

Su negocio! Y ¡qué! ¿tú piensas

Pescarlo para marido?

Primero espada me vea.

Cárm. Al contrario; yo...

Mat. La casa

De los Oñates, y Heredias,

Y Pimenteles, y Osorios,

Y Castros, y Mendinuetas,

Y Ganboas ¿con un *quidam*

Se ha de unir, que no se acuerda

Nadie de quién fué su abuelo?

Es una infamia, una afrenta

Que no la consentirá

La ilustre doña Matea.

Cárm. ¡Qué mujer! Pero si yo...

Mat. ¿Qué valen las cuatro cepas,

Y el olivar, y el molino,

Y las tísicas ovejas

De tu avaricioso padre?

Todo es eso hambre, miseria.

¿Quereis sacar la barriga

De mal año con mis rentas?

¿Quereis...?

Cárm. ¡Por Dios, oiga usted!

Mat. ¡Hipócrita! ¡Zalamera!

¿Tú aspiras al alto honor

De tenerme á mí por suegra?

Si al momento no desistes

De tan temeraria idea,

Te pondré donde mereces.

Cárm. ¿Se ha visto igual insolencia?

¿A mí usted...?

Bern. Vete de aquí;

Porque esta mujer chochea.

Cárm. Mejor es; que ya estoy harta

De oír sus impertinencias.

ESCENA X.

DON BERNARDO, DOÑA MATEA.

Mat. ¡Cómo! Ella es la impertinente,
Y atrevida, y mala hembra,
Y...

Bern. Señora, tenga usted
Un poco mas de prudencia.
La habrán informado mal
Sin duda. Cuando usted sepa...

Mat. Todo lo sé; si, señor.

Y conmigo no se juega.

¿Está usted? — Don Baltasar

¿Qué hace que no se presenta?

Bern. Salió hace poco con su hijo

De usted á unas diligencias...

Mat. ¡Pues! Serán las de la boda.

Bern. Tal vez.

Mat. ¿Y con esa flema

Lo dice usted? No lo extraño,

Porque usted también husmea

La sopa boba.

Bern. ¿Yo?

Mat. Usted;

Pero es en vano. Aunque venda

La camisa...

Bern. ¡Si yo soy

El que...!

Mat. Pues; el que desea

La perdición de su hermano;

El que á la niña aconseja

Pensamientos tan altivos;

El que engatusa á mi Esteban;

El que...

Bern. Si usted me dejase

Explicarme...

Mat. El que se mezcla

En lo que no le compete.

Bern. No hay tal cosa. Yo quisiera...

Mat. Mas yo escribiré á mi tío

El conde de la Verbena...

Bern. Que Cármén fuese feliz.

No es posible que lo sea...

Mat. Y á mi cuñado el virey;

Y á mi prima la abadesa...

Bern. Con su hijo de usted. ¿Qué

vale

Su decantada opulencia...?

Mat. Y al embajador de Prusia;

Y al gobernador de Ceuta...

Bern. Cuando el corazón... (No

me oye.)

¡Señora! — ¡Maldita seas!

Mat. Y al intendente de Murcia;

Y al cabildo de Sigüenza.

Bern. ¿Es usted mujer ó sierpe?

(¿Dónde estoy?) Con una recua

De demonios, ¿quiere usted

Oírme?

Mat. ¡Raza perversa!

¡Canalla!

Bern. (Si no la dejo

Voy á perder la cabeza.

Sudo como un galeote.)

Mat. ¿No lo dije? La jaqueca.

(*Abanicándose muy aprisa.*)

Bern. ¡Que gente, Dios mio! En hora
Menguada vine á la Sierra.

ESCENA XI.

DOÑA MATEA.

¡Oiga usted!... ¡Gente ordinaria!
¡Gente incivil y grosera!
¿Y se han de burlar de mí?
¡Uf! La cólera me ciega.
Hasta encontrar al alcade
Correré toda la aldea;
Y donde quiera que esté
Le he de arracar las orejas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CARMEN.

(*Está anocheciendo.*)

¡Qué crítica, qué terrible
Es mi situación! Si acepto
Por esposo á don Esteban,
Mi triste fin acelero:
Si le rehuso, á mi padre
Clavo un puñal en el seno. —
¿Qué haré? — Dejemos obrar
A mi tío. Por su medio
Quizá lograré la dicha
De obtener mas grato dueño. —
La imprevista circunstancia
De oponerse al casamiento
Doña Matea pudiera
Favorecer mis deseos
Y... ¿Quién entra?

ESCENA II.

CARMEN, DON FELIPE.

Fel. No te asustes:
Yo soy.

Cárm. ¡Felipe! — ¡Oh cielo!

¿Cómo te atreves á entrar

Aquí? ¿No sabes el riesgo...?

(*Hablan los dos á un tiempo y muy acalorados.*)